

Wiktoría Zawadka

Universidad de Varsovia

Entre la memoria y el trauma: la posmemoria en los cuentos de Mariana Enriquez

Between Memory and Trauma: Post-Memory in Mariana Enriquez's Short Stories

Recibido: 01.10.2024 / **Aceptado:** 12.11.2024

Resumen: El presente artículo aborda el fenómeno de la posmemoria relacionada con los acontecimientos políticos y sociopolíticos en Argentina y su presencia en el cuento argentino. Se analizan dos textos de la escritora argentina Mariana Enriquez: “La Hostería” (2016) y “Cuando hablábamos con los muertos” (2009). Se introduce la teoría de la posmemoria creada por Marianne Hirsch y presente en otros trabajos alrededor de este tema para poder aplicarla en el análisis posterior de los textos. Además, se proporcionan informaciones sobre el contexto sociohistórico planteado en ambos textos aquí analizados, o sea, sobre la última dictadura militar argentina. Usando estas herramientas se analiza la realidad presentada en dichos cuentos

Abstract: This article deals with the phenomenon of post-memory related to political and socio-political events in Argentina and its presence in the Argentinian short story. It analyses two texts by the Argentinian writer Mariana Enriquez: “La Hostería” (2016) and “Cuando hablábamos con los muertos” (2009). The main theoretical tool is the theory of postmemory created by Marianne Hirsch and presented in other works on this subject, which is introduced in order to apply it in the subsequent analysis of the texts. In addition, for context, it introduces information about the last Argentine military dictatorship, which serves as a historical and political reference in both texts of Mariana Enriquez. Using these tools, it analyses

y la posmemoria que experimentan las protagonistas de los textos debido al trauma que está tan presente en la sociedad argentina. Se pretende responder a las siguientes preguntas: ¿Qué influencia en la vida de las protagonistas tienen los acontecimientos vividos por sus antepasados? ¿Cómo se presenta la posmemoria en ambos cuentos y por qué su autora remite a lo fantástico para introducirla en los textos? Y la más importante: ¿cómo los acontecimientos políticos influyen en la cultura y en la sociedad argentina?

Palabras clave: dictadura argentina, posmemoria, trauma colectivo, literatura argentina, Mariana Enriquez.

the reality presented in these stories and the postmemory experienced by the protagonists of the texts due to the trauma that is so present in Argentinian society. The aim is to answer the following questions: what influence do the events experienced by their ancestors have on the lives of the protagonists, how is the postmemory presented in both stories and why are elements of the fantastic used to introduce it into the texts? And most importantly, how do political events influence Argentinian culture and society?

Keywords: Argentine dictatorship, postmemory, collective trauma, Argentine literature, Mariana Enriquez.

1. Introducción

El siglo XX puede considerarse, sin duda, un período muy turbulento en la historia de Argentina: tan solo durante 46 años de ese centenario —aquí hacemos referencia al período entre 1930 y 1976— tuvieron lugar seis golpes de Estado. Esos constantes cambios de poder surtieron efecto en una inestabilidad política y social del país. La historia de la Argentina de ese siglo, tan complicada y llena de episodios duros, crea un espacio propicio para los estudios llevados a cabo por distintas disciplinas científicas. Entre las ciencias que muestran interés en este tema se encuentran, entre otras, la historia, el derecho, el arte o la literatura. Cada una de ellas propone contemplar ese período desde diversos aspectos, desmontándolo y, en efecto, aportando cada vez más interesantes observaciones sobre el desarrollo y los cambios que surgieron en la política, la sociedad y la cultura argentinas a lo largo de esa época. Sin embargo, hay que destacar que el acontecimiento de la historia argentina del siglo XX por el cual se ha expresado un peculiar —y por ahora incesante— interés es la última dictadura militar que transcurrió entre 1976 y 1983.

El ámbito de la literatura, siendo un espacio de creación y diversión, pero también de crítica, diálogo y debate, parece ser un lugar conveniente para introducir los temas difíciles, desafiantes y, al mismo tiempo, socialmente relevantes. La historia de Argentina durante su última dictadura militar ha proporcionado una serie de cuestiones que las autoras y los autores muy frecuentemente abordan en sus textos.

Así parece ser el caso de Mariana Enriquez, una de las escritoras más destacadas en las letras argentinas actuales. En su obra específicamente hace referencia a estos tiempos duros que experimentó su patria a partir de la perspectiva de lo gótico y lo fantástico. De hecho, la autora toca el tema de la dictadura en varios de sus cuentos.

Este artículo tratará de analizar dos relatos en los que Enriquez se refiere a la última dictadura: “Cuando hablábamos con los muertos” publicado en el año 2009 en el volumen *Los peligros de fumar en la cama* y “La Hostería” que forma parte del libro *Las cosas que perdimos en el fuego* del año 2016. Como veremos en adelante, ambos cuentos se pueden interpretar siguiendo la teoría de la posmemoria presentada por Marianne Hirsch, en cuyo marco se introduce el concepto de la ‘herencia’ de los recuerdos de eventos trágicos por las generaciones que nunca los vivieron. El presente artículo analizará qué influencia en la vida de las protagonistas de estos dos cuentos tienen los acontecimientos vividos por sus antepasados. Además, se hará una aproximación a los elementos fantásticos para comprobar cómo a través de ellos se introduce la posmemoria en los textos. La pregunta más importante que pretenderá responder este artículo es: ¿cómo los acontecimientos políticos influyen en la cultura y en la sociedad argentina?

2. Contexto histórico

Un elemento clave para la interpretación de estos dos cuentos mencionados de Mariana Enriquez es el contexto histórico relacionado con los acontecimientos vividos por la sociedad argentina durante la última dictadura, ya que la autora en sus historias hace referencia a estos tiempos difíciles y trágicos. Sin embargo, para entender lo que pasó en Argentina en el año 1976, es imprescindible conocer también la situación política del país durante unos años antes del principio de la dictadura.

Este período previo al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 fue llamado “el tercer peronismo” y corresponde a los años 1973-1976. El nombre por supuesto viene del gobierno de Juan Domingo Perón quien ganó las elecciones presidenciales por tercera vez en el año 1973. La vuelta de Perón al país y al poder fue recibida entonces de manera muy positiva por la sociedad argentina: se consideraba que su regreso era una parte indispensable para el proceso de salida de la inestabilidad en la que estaba inmerso el país (Bonasso 2016: s.p).

Sin embargo, después de la llegada de Perón al poder resultó que la realidad era mucho más complicada. Su presidencia duró solo ocho meses, hasta su muerte en julio de 1974. Como su sucesora fue nombrada María Estela Martínez de Perón, entonces vicepresidenta y esposa de Juan Domingo Perón. Sus gobiernos estuvieron marcados por la crisis económica y la desobediencia de los empresarios, a consecuencia de lo cual su gobierno perdió el apoyo y ella misma empezó a perder su autoridad (Spinelli 2021: 141-142). Las decisiones tomadas a lo largo de su jefatura resultaron en la debilidad de

los partidos y en la falta de efectividad de las huelgas organizadas por diferentes grupos sociales. La situación se agravó hasta el punto de que se esperaba un golpe de Estado (143, 146).

Este tuvo lugar el 24 de marzo de 1976 y fue llevado a cabo por el militar Jorge Rafael Videla, entonces Comandante del Ejército. Este evento marcó los próximos siete años en Argentina y empezó la dictadura “más sangrienta de la historia en Argentina y una de las más perversas y violentas registradas en el mundo” (Abal Medina 2014: 92). Con la derrota de la presidenta, la Junta Militar de Gobierno introdujo la dictadura militar, llamada el Proceso de la Reorganización Nacional, y empezó a cambiar el orden estatal. Esto supuso un cambio en todos los órganos de gobierno, pero también las modificaciones de la ley argentina. Entre ellas se encontraban la censura de la prensa, la prohibición de huelgas, la suspensión de la actividad de los partidos políticos y la introducción de la pena de muerte. Todos estos cambios se implementaron con el fin de eliminar cualquier oposición que pudiera socavar su proyecto refundacional. Para lograr este objetivo las autoridades usaban la violencia contra sus ciudadanos como un “feroz disciplinamiento” (Adamoli 2014: 19). La represión durante este período se realizó mediante “procedimientos clandestinos y operaciones secretas” (Abal Medina 2014: 93).

La experiencia de vivir en Argentina en los tiempos de esta dictadura la describió uno de los escritores argentinos destacados, Rodolfo Walsh, en su *Carta abierta a la Junta Militar* (1977), publicada en el primer aniversario del golpe de Estado. El autor que unos años antes había contribuido a hacer públicos los fusilamientos ilegales ejercidos durante la dictadura de la Revolución Libertadora (1955-1958), comentó así los gobiernos de la Junta Militar:

(...) han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror. (1977: s.p)

Las palabras de Walsh dejan una conclusión muy clara: los gobiernos de la Junta Militar, desde el primer momento, resultaron ser una experiencia trágica y traumática para la sociedad argentina, marcada por encarcelamientos, desapariciones y asesinatos de ciudadanos inocentes. En su texto Walsh menciona también otras acciones de las autoridades argentinas que se consideran claras violaciones de los derechos humanos,

entre ellas las torturas, la falta del derecho a juicio justo, las persecuciones y asesinatos de intelectuales (s.p).

Una cuestión importante que menciona Walsh en su *Carta* son las desapariciones forzadas, ya que este hecho está muy estrechamente relacionado con este período de la historia argentina. Como un desaparecido en este contexto se considera una persona que desapareció como víctima del terror estatal durante los tiempos de la dictadura. Teniendo en cuenta que en muchos casos estas personas nunca volvieron a sus familias, se sospecha que fueron torturadas y asesinadas por entidades vinculadas a las autoridades. Sin embargo, sus muertes no son ciertas, los cuerpos de los desaparecidos nunca fueron devueltos para ser enterrados, por lo que aún queda una sombra de esperanza de que al menos algunos de ellos sigan vivos. Por esto, la persona desaparecida se considera también alguien que “no está muerto ni vivo” (Adamoli 2014: 30).

Otra atrocidad característica de esta dictadura —y que está directamente relacionada con las desapariciones forzadas— fue el robo de niños. Este proceso de apropiación de menores afectaba principalmente a los hijos e hijas de los opositores desaparecidos. Estos niños fueron secuestrados durante la detención de sus padres o justo después de su nacimiento en los centros clandestinos de detención. Todo esto formaba parte de un plan sistemático: después del secuestro se cambiaba la identidad de estos niños para poder separarlos de sus familias. El destino de estos niños variaba: algunos fueron inscritos como propios por personas relacionadas con el poder, otros fueron vendidos, abandonados o adoptados. El objetivo de tales procedimientos fue anular la identidad y los orígenes de los niños para “evitar la transmisión de las formas ideológicas a través de los vínculos familiares” (29). El proceso de adopción dio una apariencia de legalidad a este proceso del robo de niños que contó con el apoyo del ámbito judicial de este tiempo. Se considera que todo el procedimiento de secuestro y apropiación formaba una parte de la política represiva extrema de las autoridades argentinas de este período (Villalta 2006: 146, 154, 164).

Aunque inicialmente las estadísticas hablaban de quince mil desaparecidos durante esta dictadura, hoy en día se habla de hasta treinta mil de personas que desaparecieron como consecuencia de las acciones de las autoridades (Crenzel 2024: 13-14). En Argentina todavía siguen funcionando organizaciones que se ocupan de la búsqueda de estas personas. Una de ellas es la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, cuyo objetivo es localizar a los desaparecidos durante la dictadura y devolverles su identidad verdadera, cambiada después de la desaparición. Después de 46 años de búsqueda la Asociación ha encontrado 137 nietos y se estima que todavía quedan más de 300 casos por resolver.¹

¹ Los datos del sitio web oficial de la Asociación: <https://www.abuelas.org.ar>.

Aunque han pasado ya más de cuarenta años desde la vuelta de Argentina a la democracia, todavía se está luchando contra las repercusiones de los eventos traumáticos de este régimen político que sigue presente y vivo en la sociedad argentina, incluso entre las generaciones que nacieron años después de su fin. Este tema es lo que conecta muy fuertemente esta dictadura con la realidad contemporánea, ya que todavía hay esperanza de que estas personas desaparecidas vuelvan algún día a sus familias.

3. Teoría de la posmemoria de Marianne Hirsch

En el ámbito de los *memory studies* existen teorías que permiten analizar la influencia de los hechos pasados en la vida de las personas que nunca los vivieron. Una de ellas es la teoría de la posmemoria, introducida por Marianne Hirsch en los años noventa. La investigadora estadounidense empezó a desarrollarla basándose en las observaciones acerca de las obras de escritores y artistas pertenecientes a la llamada “segunda generación” o “la generación siguiente”. Estos términos se refieren, por supuesto, a los descendientes de la generación sobreviviente de los eventos traumáticos de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto. Tanto Hirsch como muchos otros investigadores observaron una relación muy particular que conecta a los representantes de la segunda generación con las historias vividas por sus padres, fenómeno que ya funcionaba bajo los nombres de *absent memory*, *prosthetic memory* o *received history* (Hirsch 2008: 105). Sin embargo, la investigación de Marianne Hirsch va mucho más allá de la simple denominación del fenómeno: sus trabajos proponen una exploración profunda de sus orígenes, el proceso de su formación y los factores que influyen en él.

En su estudio Hirsch llega a la conclusión de que esta relación muy característica que se crea entre los sobrevivientes de estos eventos traumáticos y sus descendientes es el resultado del intercambio de recuerdos que se produce entre ellos. Sostiene que la memoria de estos traumas colectivos —como la del Holocausto— puede transmitirse entre generaciones, el proceso que da lugar a la formación de la posmemoria. La investigadora cree que los recuerdos pueden heredarse, es decir, reconoce la posibilidad de pasar los propios recuerdos a la generación siguiente. En resultado, la segunda generación asume la memoria de sus padres, tratándola como propia, el fenómeno que Hirsch considera la posmemoria (106).

La misma académica rechaza la definición del objeto de sus estudios como una idea fija o un concepto unívoco y prefiere hablar de la posmemoria como “una estructura de la transmisión intergeneracional y transgeneracional de conocimientos y experiencias traumáticas” (106). Al desarrollar su teoría, Hirsch hace hincapié en los tres elementos que considera fundamentales para la formación de la posmemoria: la familia, la memoria y las fotografías (108).

La familia en el estudio tiene la posición principal en la transmisión de la memoria traumática. Hirsch subraya que la comunicación entre los familiares es “más directa y despiadada que el discurso social y público” (2008: 112). Destaca también que en la familia se puede notar lo que uno no quiere mostrar públicamente: las pesadillas, las lágrimas, las enfermedades. Los hijos en el ámbito familiar se convierten en los testigos del trauma propio de sus padres. Entonces la transmisión transgeneracional en este entorno se basa, además de lo que se dice, en la comunicación no verbal, el lenguaje del cuerpo que se nota, se interpreta y que se entiende mejor gracias a los vínculos entre los familiares. Según Hirsch la segunda generación presenta en sus textos “los efectos a largo plazo de vivir cerca del dolor, la depresión y la disociación de personas que han sido testigos y que han sobrevivido a traumas históricos masivos” (112).

En cuanto a las fotografías, Hirsch indica que las imágenes que se refieren a las experiencias trágicas crean una impresión de que uno estuvo allí. Las fotografías familiares —a las cuales la investigadora da una especial importancia en su estudio— por su intimidad incluso reducen la distancia a estos eventos, lo que le permite a uno identificarse más estrechamente con la situación representada en la imagen. Al mismo tiempo, las fotografías representan en sí mismas a la vez el pasado y el presente, como lo hace también la posmemoria (115-117).

Acerca de la relación entre la memoria y la posmemoria, Hirsch explica que estos términos no deben utilizarse como sinónimos. En el artículo llamado “Fotos de familia: Maus, Luto y Posmemoria” la investigadora explica la diferencia entre estos dos elementos utilizando el ejemplo del cómic *Maus* de Art Spiegelman. Analizando las fotografías que aparecen en la historia destaca que ellas transmiten a la vez tanto la memoria, entendida en este caso como los recuerdos del padre, como la posmemoria, entendida como los recuerdos del hijo, que, sin embargo, se refieren a hechos anteriores a su nacimiento (Hirsch 1993: 8). Según este comentario, la memoria pertenece a la persona que vivió la experiencia traumática y la posmemoria, creada a base de los relatos, imágenes y comportamientos con los que uno creció, será propia para la segunda generación.

Además, Hirsch subraya que la posmemoria que reciben los hijos es diferente de la memoria que se les transmite, porque está influenciada también por otros recursos como, por ejemplo, por el imaginario colectivo presente en la sociedad (2008: 114). La posmemoria es, por tanto, el resultado de la transmisión de la memoria de sus padres y —aunque probablemente en menor grado— de la influencia de las historias e imágenes presentes en el entorno de los descendientes.

Si bien Marianne Hirsch desarrolló su teoría de la posmemoria basándose en las historias, las imágenes y los textos relacionados con el Holocausto, ella misma subraya que los resultados de estos estudios no se limitan solo a las relaciones que la generación

posterior a los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial mantiene con los recuerdos traumáticos de sus padres. Su teoría de la posmemoria, como ella misma subraya, puede aplicarse y puede resultar relevante para el análisis de la influencia de los hechos pasados en la vida de la segunda generación en cualquier otro contexto de transferencia de los recuerdos de un trauma colectivo (108).

4. La posmemoria en el cuento argentino: el caso de Mariana Enriquez

Mariana Enriquez es una escritora que en sus historias no teme abordar temas difíciles y socialmente relevantes. Lo demostró con tales relatos como “Nada de carne nosotras” donde plantea el problema de los trastornos alimentarios, “Bajo el agua negra” en el cual comenta la difícil situación medioambiental relacionada con la contaminación del agua o “La desgracia en la cara” en el que se hace presente el tema de la violencia de género. Sin embargo, como veremos en adelante, en su obra se pueden encontrar también textos que tratan asuntos relacionados con la historia de su país y los traumas colectivos experimentados por la sociedad argentina.

La autora nació en 1973, o sea, tres años antes del golpe de Estado y del comienzo del régimen de la Junta Militar. Teniendo en cuenta que sólo tenía unos pocos años en la época de la dictadura, se la puede considerar en términos de la segunda generación a la que se refiere Marianne Hirsch en su teoría. En este contexto, no es de extrañar que los temas de la posmemoria, relacionados con la dictadura, aparezcan en su obra. De hecho, los relatos que abordan esta cuestión son “Cuando hablábamos con los muertos” publicado en el volumen *Los peligros de fumar en la cama* (2009) y “La Hostería” que aparece en el libro de cuentos titulado *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016).

El primero de los mencionados textos cuenta una historia del grupo de amigas que se encuentran en casa de una de ellas para poder comunicarse con los espíritus de los muertos. Un juego con la ouija, que a primera vista parece solo una diversión inocente, se convierte en algo más cuando una de las participantes expresa la necesidad de hablar con sus padres ausentes.

El tema de la dictadura aparece en el texto cuando Julita decide contar a sus amigas la verdadera historia de su familia. Durante años declaraba que sus padres murieron en un accidente, pero —como confiesa la narradora— “todos sabían que (...) los viejos de Julita habían desaparecido” (Enriquez 2009: 132). Esta cuestión constituye el hilo principal del relato, pero cabe destacar que la madre y el padre de Julita no son las únicas personas que a lo largo del texto aparecen como desaparecidos. Cuando las protagonistas buscan entre los fallecidos que conocían a alguien con quien hablar utilizando la ouija, resulta que casi todas ellas conocían a alguien que había desaparecido. La Polaca menciona al novio de su tía a quien “se lo habían llevado durante el Mundial”,

Nadia habla de amigo de su padre que solía visitarlos regularmente y un día dejó de venir, la narradora nombra a un vecino al que se llevaron una noche (133-134). Solo una de ellas, la Pinocha, no conocía a ningún desaparecido.

Poniendo énfasis en este elemento, Enriquez subraya la inmensidad del fenómeno de las desapariciones forzadas en Argentina durante la dictadura y lo muestra no tanto como una tragedia personal de las familias de cada una de estas protagonistas, sino más bien como un trauma colectivo de la sociedad argentina.

Sin embargo, para hablar de la posmemoria hay que arrojar luz también sobre varios otros aspectos abordados en este relato. Uno de ellos es la pertenencia de las protagonistas a la segunda generación. Lo que hay que señalar aquí es el hecho de que los eventos relacionados con la dictadura y las desapariciones forzadas ocurrieron ya durante la vida de las chicas y no en los tiempos previos a su nacimiento. No obstante, tanto como la autora del cuento, en esa época eran demasiado jóvenes para poder estar conscientes de la importancia de los acontecimientos que tuvieron lugar y para poder comprender lo que realmente significaban estos hechos. Lo confirma, por ejemplo, la misma narradora cuando dice: “Julita y su hermano no se acordaban de nada, ni de esa noche ni de sus padres tampoco” (132). La situación en la que se encontró Nadia también lo demuestra, porque, como podemos leer, en el momento cuando notaron la desaparición del amigo de su padre “ni los chicos ni Nadia tenían idea de adónde se lo habían llevado, o de si llevarse a alguien era común, si era bueno o era malo” (133). Así que, a pesar de que las protagonistas fueron casi testigos de estas desapariciones, la conciencia de su importancia llegó a ellas con el paso del tiempo; concretamente, con la adquisición de conocimientos sobre este período de la historia argentina.

¿Y cómo las protagonistas reconocieron el significado de estos eventos? Cada una de ellas oyó hablar de ellos en sus ámbitos familiares y fue allí donde heredaron la actitud que debían presentar ante estos acontecimientos. Los abuelos de Julita hablaron con ella sobre la desaparición de sus padres, pero además ella observa su luto interminable por sus familiares que ni siquiera pudieron enterrar. El padre de Nadia les dice a sus hijos abiertamente y de forma muy directa qué pasó a su amigo. Sobre la desaparición en su familia la Polaca se entera hablando con su tía que solo tiene valentía para mencionarlo cuando está bajo los efectos del alcohol. La narradora ve a su madre que al tema de la desaparición de su vecino reacciona con gritos, culpándolo por lo que ocurrió y diciendo que este hombre con su comportamiento también trajo peligro para ellas.

La variedad tan grande de las actitudes que representan los familiares de las chicas no solo trata de reflejar diferentes posturas que pueden adoptar los argentinos frente al tema de las desapariciones, sino que también subraya que en el entorno familiar se transmiten tanto los recuerdos como las emociones que los acompañan y que contribuyen a la creación de la imagen de estos eventos para las generaciones futuras.

No obstante, como menciona Hirsch en su teoría, la posmemoria no se crea exclusivamente a base de lo que se escucha y experimenta en el entorno familiar. Las protagonistas del cuento de Enríquez tampoco se limitan solo a esto y recurren a otras fuentes para conocer detalles sobre las desapariciones y la dictadura. De sus fuentes de conocimiento sirven, por ejemplo, la película titulada *La noche de los lápices* (que cuenta la historia de la desaparición de unos estudiantes argentinos), el informe *Nunca más* y “lo que contaban las revistas y la televisión” (133-134). Su imagen de la dictadura entonces está influenciada por los discursos tanto oficiales como estos provenientes de los medios de comunicación.

Sabiendo ya que el entorno familiar y otras fuentes de conocimiento sobre los hechos pasados pueden influir en el modo de percibir el pasado por las generaciones siguientes, es importante reflejar la influencia de este hecho en las vidas de estos descendientes. En el caso de estas protagonistas, lo que se puede notar es que el tema de las desapariciones les provoca miedo, así como confusión. El mejor ejemplo de ello son las decisiones tomadas por una de las chicas, Julita.

El comportamiento de este personaje se puede considerar incluso contradictorio, ya que está condicionado tanto por el miedo como por la determinación y la esperanza de ganar fama. Por un lado, cuando Julita decide que quiere encontrar a sus padres, se nota que sus acciones están influenciadas por dos contextos diferentes. El primero, que es el contexto familiar, la lleva a querer encontrar a sus padres por el bien de sus abuelos, porque “su abuela lloraba todos los días por no tener dónde llevar una flor” (133). Por otra parte, la narradora cuestiona las buenas intenciones de Julita diciendo que ella solo quería obtener información sobre sus padres para poder informar a los medios y por eso volverse famosa. Menciona que su amiga “decía que si encontrábamos los cuerpos, si nos daban la data y era posta, teníamos que ir a la tele o a los diarios, y nos hacíamos más que famosas, nos iba a querer todo el mundo” (133). Este motivo puede deberse al contexto social en el que Julita puede haber observado una constante presencia mediática de las personas que han conseguido encontrar a sus familiares desaparecidos. Las influencias simultáneas de dos fuentes de posmemoria que tratan los acontecimientos vividos por la sociedad durante la dictadura de modo tan diferente causan la confusión y la contradicción en las decisiones de la protagonista.

Por otro lado, Julita miente, incluso a sus amigas, sobre la muerte de sus padres: en vez de confesar que sus padres han desaparecido prefiere fingir durante años que murieron en un accidente. Esta mentira parece ser dictada por el miedo a la reacción de los demás ante la verdad, ya que la narradora menciona que “en la escuela se hablaba mucho del tema, pero nadie se lo había dicho nunca en la cara” (132). Su miedo, transmitido a ella por sus abuelos, se puede notar también en su modo de hablar sobre

la desaparición de sus padres. La narradora menciona que “Julita decía que se los habían llevado, porque así hablaban sus abuelos” (132). El verbo “llevar” en este caso es un eufemismo, usado para evitar hablar de sus padres utilizando la palabra “desaparecido” que tiene en Argentina un cierto peso emocional.

Cabe destacar que el miedo de las protagonistas del cuento adquiere una forma casi física mediante el uso de un elemento fantástico. Al final del relato, las chicas juegan con la ouija y hablan con un fantasma que sostiene que se llama Andrés y que conocía al novio de la tía de la Polaca. Cuando las chicas preguntan por qué los otros fantasmas no quieren decirles dónde están sus cuerpos, Andrés responde que es porque una de ellas “estaba de más” (135). En este momento en la casa aparece el hermano de la Pinocha y le pide que salga con él de casa y cuando están afuera, él de repente desaparece, el hecho que provoca la histeria de la Pinocha. La situación se vuelve aún más densa cuando resulta que el hermano de Pinocha sostiene que no ha venido a casa de sus padres ese día.

La introducción del elemento fantástico en la historia tiene, de hecho, varias razones. Por un lado, un fantasma que aparece entre las chicas y desaparece ante los ojos de una de ellas es una suerte de encarnación de los propios miedos de las protagonistas, porque experimentan en primera persona un evento como estos de las historias contadas a ellas por sus familiares. Además, el fantasma elige a la Pinocha, la persona que nunca se ha enfrentado al trauma generacional de la desaparición de alguien cercano a su familia. La desaparición del hermano de una de las protagonistas, aunque sea un fantasma que fingía ser su hermano, puede ser interpretada también como una manera de mostrar que la realidad en la que los familiares desaparecen arrebatados por la dictadura, a pesar de que pertenece ya al pasado, todavía está presente en la conciencia colectiva de la sociedad argentina y todavía genera miedo.

Por otro lado, la aparición de este elemento parece ser un acto de subversión: rompe la imagen de la casa como espacio seguro y cotidiano. La aparición allá del fantasma que provoca miedo puede hacer alusión a la dictadura de forma muy directa, refiriéndose a detenciones que tuvieron lugar en domicilios, como en el caso del vecino de la narradora. Entonces, este elemento subversivo de aparición de un fantasma en la casa para llevar afuera a la Pinocha puede ser interpretado como una recreación de los hechos pasados, relacionados con las detenciones. Por otra parte, al jugar con la ouija, la casa se convierte en el espacio intermedio, donde se juntan la realidad de las chicas y lo “más allá” de los fantasmas-víctimas de la dictadura. Según Lucía Leandro-Hernández, la introducción de los espíritus de los que murieron en consecuencia de las acciones de la dictadura puede provocar

una relectura acerca de la situación de los desaparecidos en Argentina. El fantasma retorna al mundo de los vivos para que su memoria sea restituida, para que a través de su presencia espectral se mantenga vivo el recuerdo de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por la dictadura. (2018: 6)

La inclusión del tema de la posmemoria en este cuento entonces no solo trata de reflejar el miedo ante la cuestión de las desapariciones que está presente en la sociedad argentina, sino que, a través del uso de este miedo, expresa también la necesidad de que la historia de los desaparecidos sea reconocida y recordada.

El otro relato de Mariana Enriquez en el que la autora incluye la posmemoria es la historia titulada “La Hostería” que cuenta los eventos que tuvieron lugar durante un encuentro de dos amigas: Florencia que viene a Sangasta con su madre y hermana para pasar allí la época de la campaña electoral a la alcaldía en la que participa su padre y Rocío que vive en Sangasta con su padre, despedido del trabajo como guía turística en la Hostería hace muy poco. Durante la reunión de las chicas, Rocío presenta a Florencia un plan para vengarse de la dueña de la finca: quiere entrar por la noche a las habitaciones en la Hostería y esconder los chorizos en los colchones porque “en un par de meses, el olor a carne en descomposición iba a resultar insoportable y, con suerte, iban a tardar mucho en encontrar el origen de la peste” (Enriquez 2016: 25).

La Hostería es un lugar clave para todo el cuento, ya que es su historia la que la generación anterior transmite a las protagonistas. Las chicas obtienen sus conocimientos básicos del lugar a través de los relatos del padre de Rocío quien siempre los contaba a los turistas. Según él, el edificio de la Hostería durante los tiempos de la dictadura servía como escuela de policía. Este hecho parece confirmar incluso el aspecto del edificio, ya que incluso las chicas admiten que “la forma de la Hostería era extraña y, en efecto, se parecía muchísimo a un cuartel” (25). Al mismo tiempo, según la versión del padre, si bien en este lugar funcionaba allí una organización vinculada con las autoridades del régimen, nadie mataba a la gente allí. Esta interpretación funciona entre las chicas como la versión de la historia y de los recuerdos de este tiempo transmitida a ellas por el entorno cercano, en caso de Rocío incluso familiar. Sin embargo, a pesar de que el padre no cree que este lugar fuera utilizado por el régimen para asesinar a la gente, las chicas no parecen creerlo. Esto se debe a los conocimientos que han adquirido sobre el tema en la escuela. Durante la conversación entre sí dicen:

(...) fue una escuela de policía en la dictadura, ¿te acordás de que lo estudiamos en el colegio?
¿Qué, mataron gente ahí? (23)

Tras estudiar este tema durante las clases, las chicas relacionan la dictadura muy estrechamente con los asesinatos y con la visión de la violencia. Su posmemoria relacionada con la historia de este lugar está creada entonces por dos fuentes de conocimiento que presentan estos mismos acontecimientos en dos modos diferentes: la versión del padre de Rocío que rechaza la idea de uso de la violencia y los asesinatos en la escuela de policía, y la narrativa pública de las escuelas argentinas que relaciona los recuerdos de la dictadura con la violencia y el hecho de matar a los ciudadanos.

El fragmento clave para la interpretación de este cuento aparece cuando las chicas irrumpen en la Hostería y allí empiezan a pasar cosas extrañas:

(...) desde afuera llegó un ruido que las obligó a agacharse, asustadas. Fue repentino, e imposible: el ruido del motor de un auto o de una camioneta, a un volumen tan alto que no podía ser real, tenía que ser una grabación. Y después otro motor más y entonces alguien empezó a golpear con algo metálico las persianas y las dos se abrazaron en la oscuridad gritando porque a los motores y los golpes en las ventanas se les agregaron corridas de muchos pies alrededor de la Hostería y gritos de hombres; y los hombres que corrían ahora golpeaban todas las ventanas y las persianas e iluminaban con los faros del camión o camioneta o auto la habitación donde ellas estaban, por entre las rendijas de la persiana podían ver los faros, el coche estaba subido al jardín y los pies seguían corriendo y las manos golpeando y algo metálico también golpeaba y se escuchaban gritos de hombre, muchos gritos de hombre; alguno decía: «Vamos, vamos», se escuchó un vidrio roto y se escucharon más gritos. (44-45)

Este fragmento puede conducir a diferentes interpretaciones de lo que ocurre en el cuento, porque ni las protagonistas ni el narrador están convencidos del todo de que este evento pueda ser real. La situación se complica incluso más cuando resulta que las chicas son las únicas que experimentaron estos ruidos: la dueña del edificio y su empleada que encontraron a las chicas no han escuchado nada. Hay que asumir entonces que es un fenómeno inexplicable que además produce miedo, es decir, es un elemento fantástico introducido en el cuento por la autora.

Teniendo en cuenta lo que las protagonistas saben sobre el edificio en el que se encuentran, los gritos y ruidos que escuchan pueden interpretarse como pertenecientes al pasado del lugar o extraídos de los relatos que les hayan podido contar a las chicas sobre la dictadura, pero que para ellas parecen ocurrir en el presente. Este hecho provoca una reacción muy concreta de las chicas:

Florencia sintió como se hacía pis, no pudo contenerse, no pudo y tampoco podía seguir gritando porque el miedo no la dejaba respirar. (...) Las chicas

intentaron levantarse, pero temblaban demasiado. Florencia creyó que se iba a desmayar. Escondió la cara en el hombro de Rocío y la abrazó hasta lastimarla. (26)

Las protagonistas parecen estar traumatizadas por el evento que han experimentado, su reacción no deja lugar a dudas de que están aterrorizados y experimentan un miedo inimaginable. Según Marlon Martínez Vela, la aparición de este elemento fantástico se puede explicar con el hecho de que “es el miedo al que nos quiere hacer sensibles la autora, puesto que se trata de una de las grandes deudas latinoamericanas: los desaparecidos” (2021: 141-142). Al mismo tiempo, la investigadora destaca que la presencia de los fantasmas en el espacio real introduce oposición vida/muerte y que se puede interpretar su inclusión en el cuento como una materialización de la idea de que hay todavía un mundo “más allá” que amenaza al nuestro, debido a la falta de justicia en cuanto a los desaparecidos (141). En este caso el cuento de Mariana Enriquez se puede interpretar como un tipo de recordatorio de que, aunque los acontecimientos de los tiempos de la dictadura parecen pertenecer al pasado, deben seguir estando presentes en la conciencia colectiva de la sociedad.

A raíz de la teoría de Marianne Hirsch, se puede interpretar los ruidos y los fantasmas como una materialización de los relatos del padre de Rocío y las historias enseñadas en las escuelas, ya que solo ellas los experimentan. Los recuerdos transmitidos a ellas por la generación anterior adoptan una forma física para hacer visibles las inquietudes que, tal vez inconscientemente, siguen siendo presentes en la segunda generación. Aunque en la actualidad las protagonistas no se ven en peligro por las acciones de la dictadura, los recuerdos de estos acontecimientos traumáticos vividos por la sociedad argentina siguen evocando temor.

5. Conclusiones

Mariana Enriquez en sus cuentos utilizando los elementos de lo fantástico y refiriéndose a los acontecimientos de la pasada dictadura crea una imagen de la sociedad argentina que aún experimenta el miedo asociado a los hechos ocurridos en la época dictatorial. La generación sobreviviente en los textos al evitar el tema de las desapariciones o, por lo contrario, contando los hechos pasados crea en la segunda generación el sentido de amenaza hacia estas historias que forman su posmemoria. Enriquez remite al miedo que provoca en sus protagonistas para recordar que la memoria de los crímenes de la dictadura y las personas que murieron durante esta época no deben ser olvidados y requieren ser reconocidos.

“Cuando hablábamos con los muertos” es un texto que pone énfasis en el aspecto familiar de las desapariciones forzadas que tuvieron lugar durante la última dictadura.

Usando el grupo de jóvenes como sus protagonistas muestra una enorme escala de las desapariciones en esta época. Al mismo tiempo, usando el personaje de la Pinocha enseña qué traumático puede resultar la desaparición de un familiar, aunque sea solo un fantasma fingiendo ser su hermano.

“La Hostería”, por otro lado, parece enfocarse en el contexto social de las desapariciones, ya que ninguna de las familias de las protagonistas se vio afectada personalmente por este fenómeno. El hecho de que las chicas experimentan casi en su propia piel los eventos relacionados probablemente con la búsqueda de los desaparecidos en el edificio de la Hostería que podía tener lugar en el pasado funciona como advertencia de no abandonar la búsqueda de las personas desaparecidas durante la dictadura.

En ambos cuentos las protagonistas experimentan la amenaza ante los hechos pasados de la historia de Argentina, a pesar de que han pasado casi cincuenta años desde entonces. Aunque las chicas nunca tuvieron que temer que les afectaran las acciones de una dictadura, los recuerdos de los acontecimientos vividos por sus familiares no les permiten vivir tranquilamente. Parece entonces que después de vivir los eventos tan traumáticos, el miedo que se produce en las generaciones posteriores es inevitable, como un elemento esencial en el proceso de superación de este trauma por parte de la sociedad.

Bibliografía

- ADAMOLI, María Celeste (2014). *Pensar la dictadura: terrorismo de Estado en Argentina: preguntas, respuestas y propuestas para su enseñanza*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- BONASSO, Miguel (el 17 de noviembre de 2016). “La historia secreta del regreso. Abal Medina cuenta las negociaciones del 17 de noviembre de 1972”. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-28201-2003-11-16.html> [10/09/2024]
- CRENZEL, Emilio (2024). “¿Cuántos son los desaparecidos y cuántas las víctimas de la desaparición forzada en la Argentina? Debates político-memorales e investigación académica”. *Latin American Research Review*. Cambridge: Cambridge University Press, 1-17.
- ENRIQUEZ, Mariana (2009). *Los peligros de fumar en la cama*. [EPub]. Barcelona: Anagrama.
- ENRIQUEZ, Mariana (2016). *Las cosas que perdimos en el fuego*. [EPub]. Barcelona: Anagrama.
- HIRSCH, Marianne (2008). “The Generation of Postmemory”. *Poetics Today*. 29(1), 103-128.

- HIRSCH, Marianne (1993). "Family Pictures: Maus, Mourning and Post-Memory". *Discourse*. 15(2), 3-29.
- MARTÍNEZ VELA, Marlon (2021). "«Sentí su ausencia y sufrimiento»: fantasmas en "Donovan en el 68" de Patricia Laurel Kullick y "La Hostería" de Mariana Enriquez". *Entropia*. 2, 131-144.
- SPINELLI, María Estela (2021). "El tercer gobierno peronista. Primeras explicaciones sobre su fracaso". *ESTUDIOS*, 45, 135-151.
- VILLALTA, Carla (2006). "Cuando la apropiación fue adopción. Sentidos, prácticas y reclamos en torno al robo de niños". *Cuadernos de Antropología Social*, 24, 147-173.
- WALSH, Rodolfo (1977). *La carta abierta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar*. <https://apm.gov.ar/periplosdememorias/1-1-B-2.html> [10/09/2024]